

por en reprimir las herejías que pululaban por todas partes (1). Enrique II escribió á su embajador en Roma: "Tengo tan experimentadas las veleidades, pasiones, cóleras y ligerezas de ese papa y de sus sobrinos, y me ha costado tan caro el conocerlos para arreglar á ello mi conducta, que me parece debo separarme si encuentro una buena ocasion sin dejarme llevar más... Despues, que nunca se encuentran grandes recursos en un hombre viejo y en gentes de tal escasez como son sus sobrinos y toda su casa... Siempre están alargando la mano á todo el mundo para irse con aquel que más les quiera dar, á fin de aprovecharse todo lo mejor que puedan del papado, ántes de que ese buen hombre se despida del mundo," (2). Si hemos de creer á los enviados venecianos, la causa principal de la guerra que Paulo IV provocó en Italia fué el deseo de engrandecer su familia (3). El grave de Thou es de esa misma opinion. "El papa, dice, quería que se le considerase como un mártir que sufre por la causa de Dios, mientras que atiza el fuego de la cristiandad en interes de sus sobrinos," (4). ¡Y qué sobrinos! El mismo Paulo IV decía que tenían el brazo empapado en sangre hasta el codo; el odio que ellos afectaban contra España era su único mérito (5).

La ambicion y la ceguedad de Paulo IV para con su familia son un hecho incontestable. ¿Pero acaso no lo han juzgado demasiado severamente los contemporáneos acusándole de haber sacrificado el sosiego de la cristiandad sólo por establecer á sus sobrinos? Verdad es que, despues de haber condenado, como cardenal, el miserable régimen de los favoritos que dominaba en Roma, llevó el favoritismo más léjos que sus predecesores. Sin embargo, no creemos que una mezquina ambicion de familia haya sido el móvil principal de Paulo IV; su gran pasion era el odio á España; pasion que se descubre en todos sus actos de una manera que no deja lugar á duda. El temor de la dominacion española era el que inspiraba á la corte de Roma desde Clemente VII; y Paulo IV tuvo

(1) Carta del duque de Alba al papa (GRANVELA, *Documentos de Estado*, t. IV, p. 669.)—RIBIER, *Cartas y memorias de Estado*, t. II, p. 655.

(2) RIBIER, *Cartas y memorias de Estado*, t. II, p. 768.

(3) NAVAGERO, *Relazione* (ALBERI, II, 3, p. 389): «La più prosima e la più potente cagione della guerra è il disignare di fare grande con l'armi la casa sua.»

(4) DE THOU, *Historia*, lib. XVIII.

(5) RANKE, *Fürsten und Völker*, t. II, p. 291.

el valor de intentar lo que sus predecesores se habían limitado á desear, la expulsion de Carlos V. Era ésta, en apariencia, una política racional; pero es una ilusion creer que el papa, áun logrando su intento, hubiese emancipado la Italia y libertado al mundo cristiano del peligro de la monarquía universal. La política anti-española, áun suponiendola coronada por el éxito, sólo hubiera logrado que la Italia cambiase de dueño, llevando á Francia la ambicion de la monarquía.

Los Venecianos, con los cuales negoció Paulo IV una liga contra Carlos V, no tenían ménos el poder de la Francia que el de la Casa de Austria; é hicieron presente al papa, que cuando los Franceses fuesen dueños de Milan y de Nápoles habría que temer mucho más por la libertad de Italia. El papa trató de calmar esas inquietudes diciendo: "Los hijos del rey de Francia establecidos en Milan y en Nápoles bien pronto llegarían á ser Italianos; y, además, siempre sería fácil librarse de ellos cuando se quisiera, porque la experiencia ha demostrado que los franceses son incapaces de establecerse sólidamente en Italia, mientras que la nacion española es como la grama que arraiga allí donde cae," (1). Paulo IV tenía con los Franceses un lenguaje diferente; oigamos las protestas del viejo pontífice: "Declaró al embajador de Enrique II que ningun cardenal, áun cuando fuera Frances, le aventajaba á ser frances y amar más á su rey; que su majestad podía estar bien seguro de no llegar nunca á tener un papa tan devoto suyo como él áun cuando fuera natural de Francia; y que al presente se le ofrecía la ocasion de adquirir la monarquía del mundo, y de ser además adorado como redentor de la Italia," (2). De esta manera el papa, que excitaba á los Venecianos á tomar las armas contra Carlos V por temor de la monarquía universal, hacía promesas al rey de Francia de esa misma monarquía. De ese modo el papa, que ardía en deseos de expulsar á los Españoles de Milan y de Nápoles, quería implantar allí á los Franceses. Y el patriota italiano se jactaba de ser más Frances que los Franceses mismos.

Hé ahí la política pontificia. Cuando se atribuyen designios patrióticos á los papas de la primera mitad del siglo XVI, y cuando se les cree preocu-

(1) NAVAGERO, *Relazione* (ALBERI, II, 3, p. 392).

(2) RIBIER, *Cartas y memorias de Estado*, t. II, p. 666.

pados del bien general de la cristiandad, se les tributa un honor que no merecen: no pensaban más que en su interes, interes de pequeños principes italianos, que pensaban en engrandecer sus Estados y sus familias. Á principios de aquel siglo eran hostiles á la Francia; para expulsar á los Franceses favorecieron á los Españoles, cuya ambicion era más perseverante y más tenaz, como decía con razon Paulo IV. Pero la dominacion española se hizo pronto pesada á la santa sede; los papas echaron entónces de ménos el régimen frances; y el más osado de ellos se atrevió á declarar la guerra al señor de dos mundos. ¿Adónde hubiera conducido esa revolucion política si hubiera triunfado? Á reemplazar el yugo de la España por el de la Francia. ¡Siempre el extranjero! De este modo se comprueba la grave acusacion de *Maquiavelo* contra el papado; ha sido un obstáculo eterno á la unidad italiana. No parece sino que pesa una maldicion sobre los sucesores de San Pedro; los esfuerzos que hacen para arrojar de Italia á los Bárbaros sólo han servido para consolidar la dominacion extranjera. Y es que Dios no bendice más que las buenas intenciones: el objeto de los papas no era la independencia de la Italia sino su propio engrandecimiento.

§ IV — Los Turcos

N.º 1. — La monarquía universal de los Turcos.

I.

Los Turcos desempeñan un gran papel en la lucha de Carlos V y Francisco I; el rey de Francia los llamó en su auxilio contra su poder rival, y por la vez primera se mezcló la media luna con el estandarte de Cristo, y fué para mantener la independencia de la cristiandad amenazada por aquel que se decía su jefe temporal (a). Sin embargo, ¿cosa notable! Los Turcos que salvaron á la Europa del peligro de una monarquía universal, eran ellos mismos pretendientes á esa monarquía; y á

(a) Este afrancesamiento llevado hasta el punto de atribuir á los Turcos la salvacion de la cristiandad, nos parece demasiado fuerte. Podría pasar como una paradoja, si no se apoyara en el pié forzado de la *monarquía universal*; verdadero bu conque *Laurent* pretende justificar los actos más péfidos cometidos contra España y censurar los de legítima defensa por parte de nuestra nacion y de sus reyes. Pero ese mismo pretexto, aplicado á favor de los Turcos, único y verdadero peligro para la cristiandad y para la Europa culta en aquellos tiempos, es más que paradoja: es un sarcasmo.—(N del T.)

jugar por el terror que inspiraban, su yugo era más de temer que la dominacion española.

En la actualidad nos cuesta trabajo creer en semejante peligro: cuando se ve la irremediable decadencia de la raza turca, se duda que se haya comprometido nunca seriamente la libertad de la Europa. Pero no trasportemos á lo pasado el desen que nos inspira lo presente; los pueblos, como los individuos, tienen sus épocas de crecimiento y de decadencia. El viejo, cuyas fuerzas están agotadas, se quejaría con razon si por su actual decrepitud se dedujese que siempre habia andado con muletas; del mismo modo las naciones tienen derecho de pedir á la historia que aprecie su vida pasada sin dejarse influir por las preocupaciones de lo presente. Evoquemos los recuerdos del siglo XVI. En todo el mundo cristiano resonaba un grito inmenso y universal de terror: cada momento se creía estar en visperas de una invasion turca, así como en el siglo X se creía estar en visperas de la consumacion final.

Tenían los papas por mision la de ser centinelas de la cristiandad en la lucha secular contra los infieles. En 1517, Leon X dirigió una alocucion á los principes cristianos acerca de la guerra contra los Turcos: ya no se trata, decía, de deliberar si nos es necesaria. Soliman nos amenaza y está en peligro nuestra misma existencia (1). Los reformadores desconfiaban de Roma así como los Troyanos desconfiaban de los Griegos: tenían que hubiese una segunda intencion en aquellos llamamientos incessantes que hacían los papas á la cristiandad. Pero no por eso dejaban de temer la invasion de los Turcos. Hasta la creían inevitable, puesto que estaba anunciada por los profetas. ¿No predice Daniel que mucho tiempo despues de los Romanos se levantará una nacion que tratará de destruir la religion cristiana? Esa profecía, dice Melanchthon, no puede referirse más que á los Turcos y demuestra que no es pequeño el desastre que se cierne sobre nuestras cabezas (2). No ménos aterrados que los celosos cristianos estaban los hombres políticos. Al ver Carlos V que los Turcos ganaban terreno sin cesar y avanzaban siempre, lanzó un grito de angustia, pero digno de un emperador: "Yo

(1) CHARRIÈRE, *Negociaciones de la Francia con Levante*, t. I, página 31.

(2) Carta de Melanchthon al arzobispo de Maguncia (BRETSCHNEIDER, *Corpus Reformatorum*, t. I, p. 875.)

creo, le dijo al papa, que Dios quiere que seamos Turcos; hágase la voluntad de Dios, pero yo seré el último á someterme en ella,, (1). Los Venecianos eran los que estaban más expuestos al peligro, y, sin exageracion podían decir que estaba amenazada su existencia; pero temían la misma suerte para las demás naciones cristianas; y conociendo bien la furia devastadora de los nuevos Bárbaros, esperaban, no una conquista, sino una guerra de exterminio (2). Ese era, en efecto, el temor general, y no estaba destituido de fundamento. Un contemporáneo, de talento muy perspicaz, escribía: "Cuando comparo el poder de los Turcos con el de nuestros príncipes, casi desespero de nuestro porvenir,, (3).

¿Qué es lo que constituía la fuerza de los Turcos enfrente de la Europa, que, ciertamente, no estaba destituida de espíritu guerrero? El que la cristiandad estaba dividida, desgarrándose mutuamente por odiosas guerras de religion, y los celos políticos no eran menos vivos; todo lo cual, fué causa de que no llegara jamás á unirse contra el enemigo comun. Las coaliciones mismas se disolvían más pronto que se formaban; y las discordias de los aliados hacían sus victorias casi inútiles. Despues de la gloriosa batalla de Lepanto, escribía un noble veneciano: "Es imposible á los príncipes cristianos, desunidos como están, destruir el poder de los Turcos; no hay que contar más que con la proteccion divina para levantar á la oprimida cristiandad y para ver abatido el orgullo de los infieles,, (4). Y mientras que la religion era una causa de debilidad para la Europa, era un elemento de fuerza para los Turcos. El Islam establece como un deber de sus sectarios la guerra contra los infieles, guerra incesante, hasta que el mundo entero se someta á los vicarios de Mahoma. Bajo la inspiracion de ese fanatismo guerrero, habían los Árabes paseado sus armas victoriosas por las tres partes del mundo. El genio conquistador de los Turcos vino á dar nuevo impulso á aquella ambicion invasora. Dícese que Mahomet, vencedor de Constantinopla, hizo voto de "no descansar hasta que las herraduras de su caballo hubieran destrozado

los dioses de oro, de bronce y de madera que adoraban los cristianos,, (1). Aquello era proclamar la guerra santa, guerra sin descanso, que no podía tener otro fin más que la destruccion de las naciones cristianas. Un embajador veneciano, dice tenían por religion y por ley, el deber de subyugar la cristiandad, y que su ambicion era la de dominar sobre todos los pueblos (2).

La constitucion política y militar del imperio estaba en armonía con la inspiracion religiosa de los Turcos, y formaba la más formidable unidad que el mundo ha visto nunca. En la Europa cristiana, es en vano que el despotismo diga "el Estado soy yo;,, hay una fuerza de individualidad en los sentimientos y en las ideas, así como en la religion, que hace imposible la concentracion de todas las fuerzas de una nacion en la mano de un hombre. Pero esa utopia se ha realizado en Constantinopla. El sultan es el alma y el imperio es el cuerpo. El sultan es un sér libre que tiene su personalidad y sus derechos; los súbditos son esclavos, y todo cuanto tienen, bienes é hijos, pertenecen á su señor, que usa de ellos á su antojo. Medítese un instante en el inmenso poder que semejante organizacion da al jefe de un vasto imperio; la religion le ordena una guerra á muerte contra la cristiandad, y el pueblo entero no respira más que la guerra; y todo cuanto tiene de energía, de riquezas y de voluntad, se pone á disposicion de un solo hombre. Los enviados venecianos que vieron funcionar esa admirable máquina, estuvieron unánimes en afirmar que no había ningun poder humano capaz de resistir á los Turcos: "El sultan, dice *Marcontonio Barbaro*, es para los Turcos lo que el sol para los seres creados, el principio de vida, principio único, al cual se refiere todo., "Esa unidad de intenciones y de voluntades, añade *Lorenzo Bernardo*, imprime una fuerza irresistible á sus ejércitos,, (3).

Ahora se concibe que los sultanes se creyeran predestinados á la monarquía universal. Los títulos pomposos con que gustan adornarse tanto los reyes asiáticos, eran casi una realidad; oigamos á Soliman cuando escribía á Francisco I: "Yo que soy el emperador de los emperadores, dispensador

(1) NAVAGERO, *Relazione* (ALBERI, I, 358).

(2) MARCO MINIO, *Relazione* (1522): «Tutta la cristianita doveria temer di non incorrer in qualche grande estermio.»

(3) LANGUET, *Cartas secretas*, I, 15.

(4) *Relazione* de CONSTANTINO GARZONI, en ALBERI, III, 1, 435.

(1) ZINKEISEN, *Geschichte des ottomanischen Reiches*, tomo II, página 468, nota 3.

(2) ALBERI, *Relazioni*, III, 2, 398.

(3) ALBERI, *Relazioni*, III, 1, 327; III, 2, 369.

de tronos á los monarcas de la superficie del globo, sombra de Dios sobre la tierra... Dia y noche está mi caballo ensillado y la cimitarra á mi cintura,, (1). Ese orgullo nos parece hoy dia casi pueril; pero no parecía lo mismo en el siglo XVI: Soliman poseía entonces treinta reinos, su inmenso imperio se extendía por más de ocho mil leguas de costas, y avanzaba siempre como si fuera una cosa fatal la dominacion con que amenazaba á la cristiandad: "¿No sabes tú, decía en 1528, Mustafá, yerno del sultan á Lasky, embajador de Fernando de Austria, que, así como no hay más que un sol en los cielos, es Soliman el único señor del universo?,, Y en efecto, Soliman quería hacer valer sus pretensiones á la monarquía universal: invadió el imperio de Alemania y plantó sus tiendas ante las murallas de Viena; de allí se proponía invadir la Europa cristiana calculando le bastarian tres años para realizar sus gigantescos proyectos (2). Pero aquellas soberbias pretensiones fracasaron ante los muros de Viena; aquél que se llamaba sombra de Dios y emperador de emperadores, no consiguió apoderarse de una ciudad apenas fortificada; aquél que en su orgullo oriental negaba el título de emperador á Carlos V, no se atrevió á librar batalla contra su ejército; aquél que equivalía á abdicar su presuntuosa ambicion. El señor del mundo había encontrado una fuerza más grande que la de un sultan, una fuerza verdaderamente irresistible, la que tiene su principio en la individualidad humana: la unidad del Oriente se estrelló contra el espíritu de la raza germánica. Mientras que corra sangre germánica por nuestras venas, la monarquía universal no será más que un sueño.

II.

Soliman el Grande fué el más poderoso de los emperadores de Constantinopla; y bien podía creer que su capital llegaría á ser la capital del mundo; pero ya en su reinado comenzó la decadencia del imperio turco. Soliman tenía un hijo, imagen de su padre é ídolo del ejército; ¿quién sabe las terribles luchas que la cristiandad hubiera tenido que sostener si Mustafá hubiese desplegado el estandarte de Mahoma? Mas ¿por qué ese hijo valeroso no

sustituyó al héroe que había hecho temblar á los pueblos cristianos? ¿Una intriga de haren cegó al desgraciado Soliman, hasta el punto de que mandó dar muerte á su hijo, y fué espectador de la sangrienta ejecucion! La sultana favorita había conseguido su objeto: su hijo Selim fué llamado al trono; pero los Turcos en vez de tener á su frente un guerrero, tuvieron por dueño á un hombre engolfado en la disipacion. Viviendo aún Soliman, las discordias de la familia imperial debilitaron el imperio y vengaron á la cristiandad de los males que los Turcos la habían hecho sufrir durante un siglo (1). También pereció otro hijo segundo de Soliman, víctima de los celos del haren. Entonces el viejo sultan tuvo miedo de perder el único hijo que le quedaba, el miserable Selim. Se lee en un despacho de un embajador de Francia, estas horribles palabras: "Es costumbre de este imperio, que los padres sean asesinos de sus hijos y los hijos de sus padres,, (2).

¿Cuál fué la causa de la decadencia del imperio turco? El mismo principio que parecía constituir su fuerza, la omnipotencia del sultan. Si la unidad fuese el ideal de la humanidad, el imperio turco hubiera sido indestructible, y habría acabado por abrazar la tierra entera. Pero la unidad absoluta, lejos de ser un ideal, es un germen de muerte, porque conduce necesariamente al despotismo, es decir, al gobierno desarreglado de las pasiones humanas. El hombre, ser flaco é imperfecto, no soporta el peso del poder ilimitado, el cual degenera en sus manos en ciega arbitrariedad: aquel que lo puede todo, en vez de ser omnipotente para el bien, emplea su poder en el mal, y por un castigo divino, se maltrata á sí mismo viniendo á ser el instrumento de su ruina. Se ven entonces cosas horribles; padres que matan el fruto de sus entrañas y la esperanza de su nacion: viene despues un espectáculo todavía más degradante; no teniendo los sultanes más objetivo que el de dar satisfaccion á sus deseos, se encenagan en los deleites del haren y quedan reducidos al estado de brutos. ¿Cuál puede ser el destino de un imperio sometido á semejante régimen? La unidad de mando es un excelente instrumento de guerra; pero para conservar las

(1) CHARRIÈRE, *Negociaciones de la Francia con el Oriente*, tomo I, p. 116-118.

(2) RANKE, *Deutsche Geschichte*, t. III, p. 195, 202, 418.

(1) Tales son las palabras del embajador de Francia en Constantinopla (1559). CHARRIÈRE, *Negociaciones de la Francia con el Oriente*, t. II, p. 578, nota.

(2) CHARRIÈRE, *Negociaciones*, t. II, p. 717.

conquistas, hay que echar mano de otro elemento de la naturaleza humana, hay que desarrollar las fuerzas individuales, las que únicamente constituyen el poder de los Estados. Pero ¿cómo podría el despotismo desarrollar la individualidad cuando precisamente descansa en la negación de los derechos del individuo?

El imperio turco estaba fundado sobre la esclavitud. Se ha decantado mucho la igualdad que reina entre los musulmanes; es la igualdad bajo el despotismo. Ciertamente es que el esclavo puede llegar a ser gran visir, pero el gran visir continúa siendo esclavo; no tiene derecho alguno, ni aún el derecho a la vida. Y bien, la esclavitud es un crimen que pronto ó tarde arruina a los que en él fundan su poder. Ese crimen arruinó a la antigüedad, sin embargo de que entre los antiguos había por lo menos una clase de hombres libres, mientras que en Constantinopla igual yugo pesaba sobre los gobernantes que sobre los gobernados: el despotismo produjo allí los frutos que produce en todas partes. En 1573 escribía un enviado veneciano: "Aun cuando el imperio de los Turcos sea inmenso, es muy débil, sin embargo, porque está en gran parte arruinado. Dicen que allí por donde un caballo otomano pone la herradura, no vuelve a crecer la hierba; y esa frase ha llegado a ser una triste realidad.", (1). ¿Cuál era la causa de esa ruina? El enemigo no había devastado las campiñas del vasto imperio; aún tenían los Turcos el privilegio de llevar la devastación a las naciones cristianas; pero tenían en su seno el más terrible de los enemigos, un gobierno que no respetaba ningún derecho porque tampoco lo reconocía: semejante régimen ataca la vida hasta en su principio: "Los hombres, dice Merosini, no teniendo seguridad de aprovechar los frutos de su trabajo, no trabajan más que para pagar el impuesto y para subvenir a sus más urgentes necesidades; se guardan bien de producir más, porque saben bien que se les arrebataría.", (2).

De ahí la decadencia de las provincias más ricas dotadas por la naturaleza, las cuales ni siquiera producían lo bastante para subvenir a las necesidades del gobierno. A fines del siglo XVI había un déficit permanente, sin embargo de que el fisco otomano cobraba cuanto quería; en casos

(1) BARBARO, *Relazione*, en ALBERI, III, 1, p. 309.

(2) MOROSINI, *Relazione* (1585), en ALBERI, III, 3, p. 273.—RAZZONI, *Relazione*, en ALBERI, III, 2, p. 100.

necesarios no solo las rentas, sino el capital. Pero precisamente esa tiranía era la que cegaba la fuente de los ingresos empobreciendo a la nación (1). En 1585 escribía un enviado veneciano: "Las provincias están de tal modo oprimidas y tan aniquilado el país, que el imperio se va despoblando día por día; y con toda seguridad se puede pronosticar que éste irá de mal en peor.", (2). Los embajadores de Venecia se admiraban de la miseria que reinaba allí donde se debería nadar en la abundancia: "Entre nosotros, dicen, la miseria proviene del exceso de población; aquí procede de la falta de hombres.", (3). Esta observación revela la señal más cierta de la decrepitud. Y, en efecto, la despoblación era aterradora. En los primeros años del siglo XVII, se contaban 553.000 pueblos; en 1622, ya no había más que 75.000. El embajador de Inglaterra que refiere ese hecho, añade: "En la Grecia y en la Anatolia, las más bellas provincias del imperio, se puede viajar tres días seguidos sin encontrarse un ser humano ni un huevo para comer.", (4).

Los enviados venecianos habían admirado durante mucho tiempo la obediencia ciega que encontraban las órdenes del emperador y la celebraban como un elemento de fuerza. Pero la sumisión de la voluntad humana tiene sus límites; y cuando el despotismo llega hasta el punto de que el hombre no tenga nada ya que arriesgar, se irrita contra una arbitrariedad que no le deja ni aún el derecho a la vida: "La desesperación de las poblaciones es tal, decía un enviado veneciano en 1573, que el emperador no se atreve ya a contar con ellas.", (5). Y no eran solamente los súbditos cristianos los que se revelaban; los mahometanos mismos hubieran preferido la dominación extranjera a un régimen que destruía en vez de gobernar (6). Hay que felicitar-se de las insurrecciones permanentes que perturbaban el imperio otomano; era la vida la que se insurreccionaba contra la muerte; si las poblaciones

(1) ZINKEISEN, *Geschichte des ottomanischen Reiches*, tomo III, páginas 351, 354.

(2) MOROSINI, *Relazione*, (ALBERI, III, 3, 272).

(3) BARBARO, *Relazione*, (1573), en ALBERI, III, 1, p. 313.

(4) THOMAS ROE, *Negotiations*, p. 66.—ZINKEISEN, tomo III, página 784.

(5) BARBARO, *Relazione*, (1573): «Sono talmente tiraneggiate e così distrutti li paesi, e tenuti in tanta viltà e disperazione, che sarebbe pericolosissimo agli ottomani imperatori valersi di loro» ALBERI, III, 1, p. 307.

(6) BARBARO, *Relazione*, p. 327: «Tanto è insopportabile il proceder loro, poiche ad altro non attendono che alla distruzione delle provincie e del regni.»

hubiesen permanecido sumisas a tal gobierno, sería preciso desesperar de su porvenir.

A pesar de la decadencia que minaba al imperio, los Turcos conservaron mucho tiempo el prestigio de su valor guerrero. Pero el espíritu militar, que sobrevive muchas veces a la decadencia de las naciones, acaba también por perderse. Un embajador veneciano hacía ya esa observación en 1573: "Los Turcos, dice Marcantonio Barbaro, que en otro tiempo no respiraban más que la guerra, hoy del servicio militar.", (1). Pero ¿hay que admirarse de ello cuando se ve a los emperadores desde el tiempo de Selim dar ejemplo de que la verdadera felicidad de un príncipe estaba en pasar su vida encenagado en el serrallo con mujeres y bufones? (2). Nada de eso puede causar sorpresa: la corrupción, llevada hasta la bestialidad, es el más seguro fruto del despotismo; y también es el síntoma evidente de la decadencia de los imperios. Se ha dicho en nuestros días que el imperio turco estaba enfermo y no faltaban pretendientes a la herencia del moribundo. Hace siglos que viene estando en ese estado. Acababa Soliman de espantar a la Europa y todavía el nombre de los Turcos causaba terror entre las poblaciones cristianas, cuando un enviado veneciano escribía estas notables palabras: "El imperio otomano no será destruido por la fuerza de las armas porque los príncipes cristianos no llegarán jamás a entenderse; pero se destruirá a sí mismo bajo la influencia fatal de un régimen que no tiene idea alguna de justicia y que no conoce más que violencias, rapiñas y destrucción de los débiles.", (3). Tiepolo escribía en 1576. A principios del siglo XVII ya se hablaba de repartirse los despojos de los sultanes (4). Si el reparto no ha tenido lugar es por la causa que señalaba el embajador de Venecia, la desunión de los príncipes cristianos y sus intereses opuestos.

Sin embargo, el orgullo de la omnipotencia sobrevive al aniquilamiento secular; es como un castigo divino impuesto a la ambición insensata de los hombres. Hace siglos que los sultanes no viven más que de tolerancia, y, sin embargo, conservan los títulos pomposos que el Oriente ha prodigado siempre a sus dueños: siguen llamándose dispensado-

(1) BARBARO, *Relazione*, p. 310.

(2) BERNARDO LORENZO, *Relazione*, en ALBERI, III, 2, p. 374.

(3) TIEPOLO, *Relazione*, 1576 (ALBERI III, 172).

(4) ZINKEISEN, *Geschichte des ottomanischen Reiches*, t. III, página 376 y siguientes.

res de los tronos y sombra de Dios. Y ¿qué es lo que son en definitiva? Un vivo testimonio de la vanidad humana y de la inanidad de los proyectos de conquista que no tenían bastante con el mundo entero. Si hay todavía conquistadores y políticos que sueñen con la monarquía universal, que dirijan una mirada a Constantinopla. No sabemos si los ambiciosos y los soñadores podrán curarse alguna vez; pero la historia puede en todo caso afirmar que la monarquía universal es la más irrealizable y la más falsa de todas las utopías.

N.º 2.—El santo imperio romano y los Turcos.

En el siglo XVI temía la cristiandad la invasión de los Turcos y miraba su dominación como un mal inevitable. ¿Quién salvó a la Europa de ese peligro el más grande de cuantos la han amenazado, pues que el régimen otomano lleva en pos de sí la decadencia y la muerte? Un historiador moderno responde que los pueblos cristianos deben ese beneficio a la Casa de Austria (1). Ciertamente es que la España continuó durante el siglo XVI, y alguna vez con gloria, la lucha contra los infieles, y también es cierto que la guerra entre los Turcos y el imperio de Alemania casi no se interrumpió. Si nos atuviéramos a las declaraciones del más poderoso de los príncipes de aquella Casa habría que decir con Ranke que Carlos V se había impuesto la misión de batir a los Turcos y recobrar de ellos los territorios que habían conquistado en perjuicio de la cristiandad. Pero suponiendo que la Casa de Austria haya tenido realmente esa noble ambición, los hechos distan mucho de ser tan gloriosos como lo asegura el historiador alemán. En la actualidad, y cuando las correspondencias íntimas han descubierto los designios del gran emperador, podemos asegurar que no pensó nunca seriamente en llevar el estandarte de Cristo a la capital de los sultanes; y el celo que nunca dejó de afectar en sostener la guerra contra los infieles no fué más que una política de espectáculo; era un papel que convenía al jefe temporal de la cristiandad, pero un papel de comedia. Pongamos frente de ella y de las protestas oficiales el pensamiento secreto y la realidad de las cosas.

Los Turcos se negaron mucho tiempo a enviar

(1) RANKE, *Fürsten und Völker von Süd-Europa*, t. I, p. 75.